

Algo para recordar. Identidad y terrorismo en el País Vasco a través de relatos personales

Ana Escauriaza Escudero*

RESUMEN LABURPENA ABSTRACT

Mario Onaindía, Jon Juaristi, Xabier Arzalluz y Jon Idígoras. La comparación de estas cuatro trayectorias vitales directamente relacionadas con la historia reciente del País Vasco se realiza a partir de sus propios textos autobiográficos con el fin de hallar patrones universales a través de respuestas particulares. Un análisis comparativo que siguiendo un criterio temático, busca los puntos en común y diferencias entre los cuatro personajes: euskera, procedencia geográfica e infancia, religión, marxismo-leninismo, visión del terrorismo y lenguaje y estilo.

Mario Onaindía, Jon Juaristi, Xabier Arzalluz eta Jon Idigoras. Euskal Herriko historia hur-bilari zuzenean lotuta dauden lau bizi-ibilbide horien arteko konparazioa haien testu auto-biografikoetan oinarrituta egin da, erantzun partikularren bitartez patroi unibertsalak aurki-tzeko. Konparazio-azterketa horretan, lau pertsona horien arteko puntu komunak eta desber-dintasanak bilatu nahi izan dira: euskara, jatorri geografikoa eta haurtzarora, erlijioa, mar-xismo-leninismoa, terrorismoaren ikuspegia eta hizkuntza eta estiloa.

Mario Onaindía, Jon Juaristi, Xabier Arzalluz and Jon Idígoras. The comparison of these four vital paths directly related to the recent history of the Basque country is done through their own autobiographical texts in order to find universal patterns across specific answers. A com-parative analysis that, following a thematic criterion, finds common grounds and differences between the four characters: Basque language, geographical origin and childhood, religion, Marxism-Leninism, un-derstanding of terrorism and language and style.

PALABRAS CLAVE GAKO-HITZAK KEY WORDS

Autobiografía, memoria histórica, País Vasco, violencia, terrorismo.
Autobiografia, oroimen historikoa, Euskal Herria, indarkeria, terrorismoa.
Autobiography, historical memory, Basque Country, terrorism.

* XVIII Certamen de Investigación Universitaria Fundación Sancho el Sabio

anaescauriazaescudero@gmail.com

Fecha de recepción/Harrera data: 14-05-2016
Fecha de aceptación/Onartze data: 02-09-2016

En los últimos años se ha escrito mucho sobre la historia reciente del País Vasco, sobre todo en lo que a terrorismo se refiere¹. Un capítulo de nuestra historia sin cerrar y con muchos elementos para comprender la sociedad actual. Aunque en este trabajo se ha debido renunciar, por una cuestión de extensión, a una bibliografía exhaustiva, es un tema que ha sido abordado por numerosos autores y son varios los libros publicados en los últimos años.

Precisamente por esto es interesante realizar un acercamiento a través de relatos personales: un reconocimiento de que la única historia que existe es la que tiene como protagonistas a los hombres. Aunque formulen su parte de manera subjetiva no dejan por eso de tener relevancia para el historiador, que debe valorarlas porque son el reflejo en vida de un momento histórico. Identificar el interés que puede tener una trayectoria individual en el conjunto de la sociedad, en qué grado y sentido es espejo precisamente de esa sociedad que le rodea. En definitiva, hallar patrones universales a través de las respuestas particulares.

Así, resulta enriquecedor obtener la visión de alguien que perteneció a la primera ETA –Mario Onaindía– y a la segunda –Jon Juaristi–, de alguien que representó al nacionalismo no violento –Xabier Arzalluz– y de alguien que la defendió –Jon Idígoras–.

Este estudio se ha basado en una primera selección de memorias de personajes relacionados de manera directa con el País Vasco, de todo ámbito ideológico, cronológico y geográfico². De estas se hizo una aproximación en la que se les distinguía según orientación política y perfil social –político, periodista, víctima, etarra, religioso, etc. –, además de por proximidad geográfica y contemporaneidad en la trayectoria vital.

Finalmente, cuatro fueron las elegidas por responder a un perfil diverso pero abierto a la comparación, y por permitir un análisis lo más amplio posible sobre la identidad de la sociedad vasca.

El análisis se realiza siguiendo un criterio temático para hallar los puntos en común y diferencias entre los cuatro personajes escogidos.

2.1 Una lengua: el euskera

En la tradición nacionalista e independentista el euskera es un elemento fundamental para explicar la identidad de los vascos. Por esta razón aparece mencionado por los cuatro personajes. El idioma es enten-

1 Una buena síntesis en Santiago de Pablo, José Luis de la Granja Sainz, Coro Rubio Pobes: *Breve historia de Euskadi: de los fueros a la autonomía*, Madrid, Debate, 2011.

2 El listado inicial de las memorias publicadas se hizo a través del catálogo de la Fundación Sancho el Sabio (www.fsancho-sabio.es).

1. INTRODUCCIÓN

2. ANÁLISIS COMPARATIVO DE LAS MEMORIAS

dido como uno de los aspectos que diferencian y configuran Euskadi de tal manera que les hace distintos al resto del “Estado español”. Forma parte de la cultura que reclaman como base de una nación y por tanto del derecho a convertirse en un estado independiente de otro. Aunque el mismo Arana tuviera que aprender el idioma, desde entonces la política del Partido Nacionalista Vasco (PNV) ha estado muy vinculada al desarrollo y fomento de la lengua vasca. Sobre todo en los últimos años, pues durante el franquismo disminuyó –o más bien se prohibió– oficialmente su uso. Como ocurre habitualmente, esta persecución consiguió el efecto contrario al que pretendía, pues si el euskera había sido una realidad natural, ajena a los signos políticos, pasó a convertirse en un reclamo más de la causa nacionalista.

Juaristi, el único que proviene de una de las tres capitales, Bilbao, no lo hablaba y quiso aprender por su cuenta porque entendía su sentido nacionalista y la necesidad de que perviviera. Sin embargo, tanto Idígoras como Arzalluz y Onaindía lo hablaban en el entorno familiar. Arzalluz lo señala así: “Aunque en la Escuela Nacional no podíamos utilizar el euskera, entre nosotros no hablábamos otra cosa. En casa, euskera. Y no por razones políticas. En mi familia no éramos precisamente nacionalistas. Pero mis padres no hablaban bien el español, así que todo en euskera” (Arzalluz, 2005, p. 26). Parece que se empezó a crear una división que antes no se daba, y lo que para la mayoría era un aspecto absolutamente natural –hablar euskera entre los que saben euskera– para otros era una fuerza nacionalista y por tanto rechazada. Juaristi lo asocia continuamente a una cuestión aranista y señala que para él el idioma familiar era el español: “Mis padres, muy razonablemente, prefirieron que estudiase en la lengua familiar, el español. Además, el único nacionalista de la casa era mi padre (mi madre nunca ha mostrado, ni entonces ni ahora, excesiva simpatía por el centenario partido de Sabino Arana)” (Juaristi, 2006, p. 54). Es llamativo que ambos lo relacionen con una cuestión política, como si ya entonces Juaristi creyera que solo los nacionalistas hablaban euskera cuando la realidad es que había quienes no sabían, fuera de asuntos ideológicos y políticos, hablar el español. En los dos casos introducen un tema interesante –el de la lengua y el nacionalismo– pero con cierto presentismo, porque en aquel entonces, aunque la herencia de Arana estuviera presente, era algo natural hablar euskera. Idígoras, sin embargo, lo explica con sencillez:

Los niños de la escuela de Etxano éramos euskadunes. Algunos, procedentes de los caseríos aledaños a Zornotza, hablábamos tanto en euskara como en castellano; otros, la mayoría, procedían de los más recónditos caseríos de Etxano y solo conocían y hablaban el euskara, lo que les hacía tremendamente difícil articular algunas palabras en erdara [castellano] (Idígoras, 2000, p. 24).

Para los estudiosos el que el euskera estuviera perseguido y se dejara de hablar se estaba convirtiendo en un asunto preocupante, mientras

que en las zonas donde siempre se había hablado era un asunto que no se pensaba, porque lo natural era hablarlo. Comenzó a asociarse la pérdida del idioma —especialmente según los nacionalistas— al desarrollo industrial y a la llegada de los inmigrantes (gallegos, andaluces, etc.). En un informe de 1955 se refleja cómo parte de la culpa de esa pérdida estaba en el cambio del modo de vida:

que ha determinado una transformación de la mentalidad. En las tabernas se bebe con enorme cantidad de vino y no se hace aprecio al dinero. El espíritu ahorrador y previsor de antaño ha sufrido un rudo golpe. En esta transformación el euskera también ha sufrido y está sufriendo las consecuencias. En el núcleo de la población de Villaro (kaletarrak) se habla normalmente castellano. El labrador, al convertirse en obrero, ha perdido las virtudes y el conservadurismo que le caracterizaban³.

Fue precisamente esa inquietud por perder el euskera lo que llevó a tantos, y aún hoy en día, a estudiar euskera. Porque lo exterior lo estaba diluyendo, porque era necesario recuperarlo, porque era fundamental para el nacionalismo. Así, resulta paradójico como el que actualmente mantiene el perfil menos nacionalista de los cuatro, Juaristi, fuera el único en estudiar el idioma como necesidad para fortalecer su identidad vasca.

Aparte, parece que, además de existir represión franquista para que se dejara de hablar el euskera⁴, se empleaba menos por una cuestión sociológica. La afluencia de inmigrantes y el desarrollo social cambió el panorama en el País Vasco como en el resto de España y no es ilógico pensar que también influyó en este aspecto, por la dificultad del idioma y por el desarrollo industrial y globalizador.

En cualquier caso, para los nacionalistas de entonces, como puede verse reflejado en las memorias, fue uno de los elementos que marcaron y reforzaron su identidad. Ya fuera de manera reflexiva, como en Juaristi, o por experiencia con el exterior. El idioma les diferenciaba y distinguía del no vascoparlante y les aproximaba al que sí lo era. Así lo expresa Idígoras cuando dice:

Creo que nunca me ha emocionado tanto oír hablar euskera como en el aeropuerto de Quito, a la espera de salir hacia Bogotá. Todavía estábamos asustados. En un momento, Txomin me dijo: Jon, creo que he oído hablar

3 Citado en Santiago de Pablo, Ludger Mees, José A. Rodríguez Ranz: *El péndulo patriótico: historia del Partido Nacionalista Vasco, 1895-2005*, Barcelona, Crítica, 2005, p. 228.

4 Para profundizar en este aspecto puede verse el artículo de Santiago de Pablo: “La lingua basca durante la dittadura franchista: repressione, resistenza e identità nazionale”, *Storia Contemporanea in Friuli*, 38, 2007, págs. 123-144. Otra obra de interés sobre el euskera en términos históricos puede ser la de Joan Mari Torrealdai: *El libro negro del euskera*, San Sebastián, Txartalo, 1998.

en euskera. Prestamos atención y, efectivamente, allí estaban varios bermeanos que, junto con un gallego, habían estado pescando por aquellas aguas y volvían a casa de vacaciones. Nunca se me olvidará este maravilloso encuentro (Idígoras, 2000, p. 408).

Y en sentido negativo Arzalluz deja clara la idea: “Fue en mis primeros años de jesuita cuando empecé a caer en la cuenta de que soy vasco y de que ser vasco implicaba recibir un trato discriminatorio. En lo relativo al euskera, por ejemplo” (Arzalluz, 2005, p. 31-32). Y más adelante afirma:

Salí de Euskadi sin ningún prejuicio. Todo lo contrario. Hasta aquellas fechas, no me había hecho prácticamente ningún planteamiento sobre el nacionalismo. Sin embargo, me di cuenta de que cualquier comentario normal que yo hacía –sobre mi lengua, sobre mi país o sobre lo que fuera– les sentaba mal a mis compañeros castellanos. Las situaciones no eran violentas pero notaba su desagrado (Arzalluz, 2005, p. 35).

Esto trae a colación otro tema interesante y ya mencionado con anterioridad, y es que el lugar del que provienen les marca de alguna manera. Sin caer en condicionantes ni en un determinismo que no procede, sí es cierto que la trayectoria de los cuatro –como la de cualquier individuo–, está señalada en parte por el contexto del que provenían y de las personas de las que se rodearon. Y en sus memorias dedican amplios espacios a temas familiares y de su infancia y adolescencia, aunque todos se identificaran ideológicamente en su juventud, alrededor de los 18-20 años.

2.2 Un espacio vital que marca

Los cuatro personajes escogidos para el análisis provienen del País Vasco. Onaindía y Juaristi pasaron por ETA, aunque de manera muy distinta cada uno, también por la época en que vivieron, y acabaron en posiciones ideológicas y políticas contrarias a estos primeros pasos. Sin embargo, Xabier Arzalluz se mantuvo siempre en el nacionalismo del PNV y Jon Idígoras en posiciones independentistas y nacionalistas de Herri Batasuna, casi más cercano a la ideología de ETA que los dos que habían pertenecido propiamente. Onaindía era de Lekeitio, Juaristi de Bilbao, Idígoras de Zornotza y Arzalluz de Azkoitia. Este último alude a esta realidad que les hace crecer de manera diferente: “Yo sé lo diferente que puede ser un chaval educado en un ambiente como el que viví yo, de otro que ha nacido en Santurtzi, y que es igual de vasco y todo lo que se quiera” (Arzalluz, 2005, pp. 23-24). El ambiente que rodeó a Juaristi fue el de mayor diferencia con respecto a los otros tres: “En la Vizcaya de aquellos años la humillada memoria del nacionalismo, si no extinta por completo, se hallaba bastante amortiguada, al menos en

las clases medias urbanas” (Juaristi, 2006, p. 86) y continua páginas adelante: “Mi padre tenía entre sus amigos muchos carlistas, lo que era normal, porque la especie abundaba en cantidad muy superior a la de los nacionalistas” (Juaristi, 2006, p. 89). El relato de Idígoras es quizá, junto al de Onaindía, el más directo en las referencias a la realidad histórica franquista:

Los fachas del pueblo campaban a sus anchas y eran dueños absolutos de vidas y haciendas. Se paseaban pistola al cinto de manera chulesca y provocadora. Nos hacían contestar al grito de ‘¡Viva España!’ con otro ‘¡Viva!’ . Con repugnancia y dolor, debíamos levantar el brazo haciendo el saludo fascista bajo amenaza, en caso de no hacerlo, de ser denunciados por ‘rojos separatistas’ y sufrir junto con la familia las duras consecuencias de la rebelión. Las cárceles estaban a rebosar, los cuartelillos de la Guardia Civil no daban abasto al constante trasiego de sospechosos de no ser adictos al Régimen (Idígoras, 2000, p. 22).

Lo cierto es que parece más bien una visión presentista del pasado que un traslado en el tiempo. Teniendo en cuenta que nació en 1936, sus primeros años de vida debieron estar marcados por las consecuencias de la posguerra, después de una Guerra Civil con vencedores y vencidos. Pero llama la atención la contradicción que existe entre esta descripción, de abandono e imposición, con los recuerdos sobre la misa de cada domingo, las cartillas de racionamiento, los familiares monárquicos, etc. Parece más un relato de su visión posterior del franquismo, no porque no sea cierta la represión o no se dieran esas situaciones, sino por cómo podía percibirla y vivirla un chico de apenas diez años, como él afirma. En ningún momento hace la reflexión sobre la lógica de una postguerra y los límites en el abastecimiento, incluso insinúa que fuera únicamente un hecho español y no fruto de la escasez que asedia cualquier lugar después de un conflicto. No es poco frecuente que esta mentalidad del presente se mezcle con la memoria del pasado; y por eso a veces se olvida que no todo ha sido consecuencia de la opresión franquista, que los vascos han mantenido una religiosidad muy elevada a lo largo de la historia y que también los hubo que quisieron apoyar el bando nacional en la Guerra Civil. El conflicto pudo querer cortar de manera radical con el movimiento nacionalista e independentista, pero estas ideas no son resultado de la guerra ni del franquismo, sino más bien de un entramado complejo y más antiguo.

Con esto no se quiere decir que no hubiera persecución, simplemente que Idígoras traslada sus sentimientos y sensaciones de 65 años a quien era con siete y la ideología abertzale a una realidad vasca de los años 40, bien distinta de la del resto del siglo XX. Pero en cualquier caso también esta transposición ofrece luces sobre cómo influye lo vivido, puesto que sí es cierto que el hambre, la escasez y la presencia franquista marcaron sus primeros años de vida.

Y así como Idígoras remarca la falta de libertad que sufrió desde la infancia, Onaindía habla precisamente de lo contrario. Algo que llama la atención, pues probablemente su contexto social no fuera tan distinto:

Por encima de las correrías por Lekeitio con niños mucho mayores que yo o los paseos al médico de Elgoibar con mi padre, mi infancia fue un espacio de libertad en el que la imaginación reinaba a sus anchas y en la que jamás entraba ninguna persona mayor de diez años (Onaindía, 2001, p. 46).

A pesar de que, como cuenta él mismo, de Éibar se decía que “era un pueblo donde la mayoría de la gente era socialista” (Onaindía, 2001, p. 22). Eso sí, años más tarde sí que habla de la represión y justifica su entrada en la violencia precisamente como resultado de esta realidad.

Lo que parece evidente es que el lugar del que proceden sienta las bases de una curiosidad por lo nacional, por la identidad vasca. Excepto en el caso de Idígoras y quizá también un poco en el de Arzalluz, esta preocupación tuvo su reflejo en sus lecturas e interés por convertirse en intelectuales. No fueron educados para ser nacionalistas y mucho menos terroristas, puesto que a su alrededor hubo quienes no siguieron el mismo trayecto. Pero se unieron quizá experiencias y amistades que propiciaron estas opciones ideológicas. En todos los casos son conscientes de cómo se fue fraguando ese sentimiento y esa identidad vasca. Que no sucedía de repente sino que se iba alimentando por la sangre o por el carácter. Jon Juaristi lo describe así:

Yo había aprendido la vieja lengua, el preindoeuropeo, para evitar que Euskadi muriese, me decía a mí mismo, tratando de persuadirme, y, a pesar de todo, Euskadi agonizaba, boqueando como un celacanto del pleistoceno sorprendido, en la cima del Gorbea, por el súbito descenso de las aguas oceánicas tras el enésimo plegamiento alpino (...). O sea que formulé otra pregunta, la pregunta leninista: ¿Qué hacer? (...) Tuve una intuición luminosa: ¿Debería hacerme de ETA? Bingo (Juaristi, 2006, p. 128).

En el caso de Idígoras parece que fue más bien el movimiento obrerista que le rodeaba lo que propició su acercamiento al pensamiento abertzale. Un tema que también resulta interesante de estudiar, porque el marxismo-leninismo fue clave en el desarrollo intelectual de los cuatro personajes analizados, aunque en cada uno derivó en una dirección distinta.

En Onaindía la maduración intelectual fue distinta, y es el que más se refiere y refleja las razones interiores, las motivaciones de fondo; quizá porque es el más espiritual de los cuatro. No hablaba el castellano y su madre le indicaba que pintara ikurriñas, pero fue más su experiencia personal con el País Vasco en un sentido idílico e inmaterial lo que le convenció. Después de un viaje a Gernika sintió “un insólito fervor patriótico, no contra nada ni contra nadie, sino simplemente una pasión mística de identificación con un país, más hacia su paisaje y

su historia que hacia los vascos reales actuales” (Onaindía, 2001, p. 121). También a Onaindía, como a Idígoras, le hablaban de la opresión del pueblo vasco, de cómo estaban siendo silenciados, pero lo recuerda más como anécdota o simple constatación de una realidad que como elemento configurador de su identidad nacionalista. Fue tras esta experiencia cuando realmente se sintió “preocupado por perder el euskera y, para evitarlo, intentaba mantener largos monólogos cuando me acostaba esperando que así soñaría en esta lengua. La nueva curiosidad que experimentaba por la cultura quise extenderla también a mi lengua materna” (Onaindía, 2001, p. 122). Por tanto, una vez configurada intelectual y emocionalmente su identidad vasca, estuvo convencido de la necesidad de luchar contra el franquismo. No tanto por una cuestión de defensa del euskera o una protesta por la escasez, como por la idea de que Euskadi no podía volver a la situación en la que había estado a lo largo del siglo XIX. Para Onaindía, ETA

andaba buscando otra Euskadi y, encima, se estaba jugando el pellejo en esta tarea porque a la vez habían encontrado la respuesta a la cuestión fundamental: cómo combatir el franquismo durante todos los días de nuestra vida. Realmente era una aventura no solo física, sino sobre todo intelectual, en que uno se enfrentaba directamente a la historia sin ninguna garantía de éxito, ni siquiera de encontrar la comprensión de sus propios conciudadanos, por los que uno se arriesgaba tanto (Onaindía, 2001, p. 230).

En estas palabras se comprueba la fuerza que también tuvo el discurso antifranquista para la configuración de un renovado nacionalismo. La necesidad de liberarse de España nace en el siglo XIX con fuerza y bajo elementos culturales que promueven la unidad entre los vascos. El hecho de que el siglo XX estuviera marcado por el franquismo les dio la fuerza necesaria para recuperarse, para volver a resurgir y hablar de lo perdido. Pero lo que para algunos fue determinante para tomar las armas o forjar su independentismo, para otros fue una cuestión ajena a su realidad. No solo es que hubiera posturas ideológicas diversas y que solo unos pocos optaran por esta vía. La mayoría de la ciudadanía se mantuvo alejada de estos postulados porque no tenían realmente que ver con su día a día. Como ocurre siempre con la política, unos se sintieron responsables de resolver lo que creían firmemente que acababa con la identidad nacionalista vasca y ese convencimiento les llevó también a constituirse en representantes de todos. Así explica Onaindía su acción terrorista:

Ante nuestros ojos todo parecía legitimado por la autoinmolación. Nuestro sacrificio, nuestra propia muerte era la razón última que legitimaba y justificaba nuestra postura. Podíamos pedir e incluso exigir sacrificios a la gente porque nosotros éramos los primeros en sacrificarnos. Y nuestro sacrificio llegaba al máximo al que puede llegar un revolucionario. En un doble sentido, en primer lugar porque estábamos dispuestos a entregar nuestra vida. Y en segundo lugar, porque nos entregábamos por algo que

para un revolucionario podría ser más valioso incluso que la vida pero que a nosotros, en cuanto rebeldes, nos mostrábamos dispuestos a entregar en aras a la libertad del pueblo: nos inmolábamos para que el propio pueblo despertara y tomara en sus manos sus destinos, los cuales nosotros no nos atrevíamos a cerrar, ni siquiera a determinar (Onaindía, 2001, p. 255).

Querían ser los que organizaban el terreno para la llegada de la democracia y el socialismo. Resulta muy paradójico el tono en que lo escribe Onaindía, consciente quizá de que lo que para ellos en su momento tenía sentido en realidad no era tan lógico. Sin embargo, Arzalluz, siempre en el PNV, en su memoria afirma:

Yo, en tiempos de Franco, bajo una dictadura establecida por la fuerza de las armas, nunca negué a nadie el derecho legítimo a responder con las armas. A ellos, tampoco. Otra cosa es que me pareciera positivo o no, que creyera que con esos métodos se iba a conseguir más o, por el contrario, que iban a empeorar las cosas. Esa es otra discusión. Pero el derecho a levantarse en armas contra una dictadura armada yo se lo concedo a todo el mundo (Arzalluz, 2005, p. 315).

Sorprende esta declaración de Arzalluz en comparación con lo dicho por Onaindía. Las razones antes y después del franquismo no eran tan distintas, en ambos casos, ETA utilizó la palabra opresión y represión. Y también emplearon las armas en nombre de todos los vascos. Si España estaba bajo el franquismo, aunque se puedan reconocer con facilidad las injusticias que acarrea un régimen impuesto en un país, quizá no es tan sencillo justificar las armas y el asesinato por ese motivo. De hecho, las mismas razones que les motivaron durante el franquismo sirvieron de justificación durante la democracia. La postura de Arzalluz responde a un tipo de discurso muy popular en el País Vasco: ETA durante el franquismo sí pero no después. La duda surge ante la pregunta de si realmente el problema era un sistema político o más bien ideológico, identitario. Del ser y esencia de ETA y no de los aspectos circunstanciales.

2.3 La cuestión religiosa

Otro aspecto también interesante en el ámbito vasco, y de estas cuatro memorias en particular, es el del celo religioso. Aunque según el relato de Arzalluz, en Azkoitia la gente lo era pero “sin tener conciencia de serlo” (Arzalluz, 2005, p. 23). En su caso y en el de Onaindía no puede obviarse el hecho de que fueran religiosos los dos. El primero seminarista mercedario, aunque no llegara a profesar, y el segundo sacerdote jesuita. La sociedad vasca, como la española en general, poseía un fervor católico muy característico. Onaindía explica de manera clara cómo podía darse ese salto del seminario al terrorismo, porque para ellos era lo mismo:

La cuestión central era que, como cristianos, debíamos comprometernos (la palabra de moda entonces, proveniente del existencialismo sartriano y sin el cual no se puede captar el ambiente cultural de una época) ante los problemas de la sociedad. Pero lejos de abrazar cualquiera de las posibilidades que se nos ofrecían debíamos hallar un camino propio (Onaindía, 2001, p. 169)⁵.

No parece que Onaindía no fuera consciente de su religiosidad, como afirma sin embargo de sí mismo Arzalluz. De hecho su experiencia resulta paradigmática de cómo eran aquellos tiempos:

De los siete hermanos que fuimos, seis tuvimos educación religiosa. Hasta el 10 por 100 de Azkoitia pertenecía a una u otra orden religiosa (...). Había un espíritu religioso increíble en aquellos tiempos. No solo en los colegios, sino en los hogares. Desde niño te encontrabas en un ambiente muy católico. De modo que, si te llevaban a un colegio de religiosos, no te extrañabas en absoluto. Las creencias y los ritos eran algo natural. Así habíamos nacido, así habíamos crecido. La religión estaba tan dentro de ti que no la cuestionabas (Arzalluz, 2005, p. 28).

De sus hermanos, tres dejaron los hábitos, él cuando hacía muy poco que se había ordenado jesuita, con 31 años. Su relato de esos momentos no deja de ser sorprendente pues se entiende que a esa edad uno ya ha alcanzado una cierta madurez y personalidad. Cuesta creer en un Arzalluz apocado y dudoso en la década de los 30, poco seguro de sus decisiones. Y que luego fuera el político que fue. No es que se dude de su evidente falta de vocación religiosa sino el relato que hace de estos acontecimientos. En comparación con Onaindía es como si no pudiera reconciliarse con esa tendencia que tuvo hasta bien alcanzada la edad adulta. Une dos ideas en una sola frase de manera que parece una justificación. Hay ex religiosos en todas las ideologías, pero probablemente más como una desbandada a raíz del Concilio Vaticano II que como un descubrimiento del fervor nacionalista. Y se tiende a unir que se cambió la causa cristiana por la causa vasca. La patria del cielo por la del País Vasco. Si en el resto de España hubo una disminución de las vocaciones no fue con tanta radicalidad como en Euskadi, donde los seminarios pasaron de estar saturados a apenas tener alumnos entre sus paredes.

En el caso de Juaristi este tema no lo trata propiamente y en su experiencia personal. De sí mismo refiere el paso por el Colegio Gaztelueta, cuya espiritualidad estaba encomendada al Opus Dei. Y lo hace más para defenderse de los ataques que ha sufrido por este asunto que como una vivencia de ferviente religiosidad.

5 Para un estudio más exhaustivo consultar Sáez de la Fuente Aldama, Izaskun, *El Movimiento de Liberación Nacional Vasco, una religión de sustitución*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 2002.

Idígoras es, de los cuatro, el único que no le concede ninguna importancia en su trayectoria vital a la religión. Algo que llama la atención teniendo en cuenta que también el contexto en el que creció era católico. Pero cuando trata el tema de la religión lo hace para mostrar la aversión que sentía por la Iglesia al verla como aliada del franquismo. De nuevo, parece otorgar al Idígoras infantil y adolescente sentimientos que corresponden al adulto.

El tema de la religiosidad señala uno de los problemas fundamentales del estudio de memorias: el riesgo de que el autobiógrafo se quede únicamente en lo superficial, sin avanzar hacia las razones últimas de sus decisiones. El problema radica en que en ocasiones no son capaces de, con un rigor que no se le puede exigir igual que al historiador, volver, sin los sentimientos y motivaciones actuales, a la causa que les llevó en una u otra dirección en su momento. Así, por ejemplo, es muy llamativo como en todos, en Juaristi menos, hay un empeño por hablar de la sexualidad, como si fuera una manera de alardear de cierto progresismo. Habiendo sido durante años un tema tabú, y convencidos de que era lo que la Iglesia más reprimía, explican con detalle sus descubrimientos en este terreno sin una justificación clara, como un contenido introducido de forma artificial. No solo llama la atención el que lo reflejen, en algunos casos, como el de Idígoras, con exhaustividad, sino que no exista la misma sinceridad o empeño por explicar otros aspectos de su vida interior. Que sean capaces de hablar y mostrar esa parte de su intimidad sin complejos, pero sin embargo, existan lagunas en cuanto a las motivaciones más profundas. Onaindía es el menos superficial, puesto que en su relato personal sí que acude a lo que le movió hacia el seminario, lo que le convirtió al nacionalismo, por qué se convenció con el terrorismo o las razones de su salida de ETA. De forma que el lector puede hacerse cargo de por qué hacía lo que hacía. Sin embargo, Juaristi abusa constantemente de su presente. Aunque su paso por ETA fue muy distinto al de Onaindía, relata estos acontecimientos de su biografía con cierto escepticismo, como si realmente no creyera, tampoco en su momento, en lo que hacía. Por ejemplo, cuando explica su entrada en el grupo terrorista:

Me entregó un librito con la portada en blanco. Bajé a mi dormitorio y me encerré a leerlo, lo que me llevó una hora escasa. Era un prontuario para terroristas novatos. El capítulo inicial explicaba cómo mantenerse fiel en espíritu a la decisión que acababas de tomar. Todo conspiraba para apartarte de la vida de lucha y sacrificio –horror– que habías emprendido. Tú crees, por ejemplo, que tu peor enemigo es Franco. Pues no señor: tu peor enemigo es la ideología, que te presenta como natural y lógica la situación de opresión nacional en la que vive Euskadi. Tomemos la Vuelta Ciclista a España. ¿A ti te parece normal que la Vuelta Ciclista a España pase por Euskadi? Entonces terminarás pensando que Euskadi es España. Así funciona la ideología. Mucho ojo con ella (Juaristi, 2006, p. 129)⁶.

⁶ Michel Billig se refiere a estas cuestiones en sus estudios sobre el nacionalismo banal.

A Xabier Arzalluz le ocurre algo parecido aunque está más justificado por ser una biografía política y no personal. Si bien es cierto que lo segundo está necesariamente mezclado con lo primero, y que también podría ser una excusa para no dar explicaciones más profundas.

En Idígoras, sin embargo, se aprecia un cierto orgullo y decisión explícita de dejar claras sus ideas a través de las memorias. Es un político, que además escribe desde la cárcel, convencido de lo que cree. No es un libro con el que pretenda redimirse, como podría ser el caso de Onaindía, ni de dar lecciones, como Juaristi, o hablar de política como Arzalluz. Parece buscar una forma de contar su trayectoria y las decisiones que ha ido tomando y mostrar lo convencido que sigue de las acciones que llevó a cabo.

Es muy sorprendente cómo solo Onaindía reconoce errores que marcaron su vida, aunque también los tiña de cierta autojustificación, como si para él matar en tiempos de Franco era distinto a matar en otros tiempos. En cualquier caso admite el error. Sin embargo, los otros tres, especialmente Idígoras y Arzalluz, se recrean en lo hecho, lo remarcan, como si no hubiera habido nunca equivocación en sus planteamientos vitales. Juaristi sí cambia sus planteamientos, pero los presenta con cierta superioridad intelectual más que con humano arrepentimiento.

No hay que olvidar que Onaindía lo escribía ya enfermo de cáncer y eso le puede situar de manera distinta al resto ante la vida y ante la visión del pasado. Por eso quizá también es el que más se extiende y el de menor opacidad en ese sentido. El resto caen con más facilidad en la falta de transparencia, en no contar hasta el fondo sus ciclos vitales, como si hubiera acontecimientos que respondieran a la casuística y no con un convencimiento previo, razonado y conocido.

2.4 La influencia del marxismo-leninismo

Otro tema que es fundamental tratar es el de la influencia que tuvo en el terrorismo, y a su vez en la trayectoria vital de estas cuatro personas, el marxismo. Aunque realizar un análisis sobre el desarrollo e influencia del pensamiento marxista en el País Vasco es tan amplio que podría abordarse en un trabajo aparte, también es cierto que no puede obviarse en el presente proyecto. Fundamentalmente porque resulta muy paradójica esa unión entre el nacionalismo y el marxismo, pero también porque todos los protagonistas tuvieron una relación, positiva o negativa, con este movimiento.

Onaindía e Idígoras estuvieron en movimientos obreros, Juaristi siempre mostró rechazo y Arzalluz fue el más alejado de los cuatro. Salvando las distancias sobre la pertenencia a ETA o no, parece que hubo dos formas de vivir el afán independentista, como relata Juaristi en sus memorias: el snob y el obrero. Eso también explica cómo puede com-

paginarse obrerismo y nacionalismo teniendo en cuenta que, en el caso del País Vasco, lo primero fue más causa de lo segundo que viceversa. Al fin y al cabo, la llegada de los obreros fue una de las razones que despertó la preocupación por la “raza”, pues ellos eran, los maketos, los que ponían en peligro el auténtico pueblo vasco. Y sin embargo, apenas cincuenta años después, fueron los que lideraron la liberación nacional. El discurso se vuelve contra el burgués que quita el salario, el español que oprime al obrero trabajador. Así es como casan dos fenómenos abocados en su esencia a la contradicción.

Además, hay que tener en cuenta que era el enemigo principal del franquismo, que tenía todavía más miedo al comunismo y a la URSS que afán por eliminar los signos nacionalistas. El movimiento nacionalista en el exilio quiso aprovechar la coyuntura y reforzar el movimiento en el interior de España, como una manera de unir las fuerzas comunistas a su propia causa.

Sin embargo, en las filas del nacionalismo la unión no se vivía de manera tan natural. La experiencia de Idígoras apunta a que en sus primeros años como militante obrero tuvo que buscar la manera de acomodar “el profundo independentismo que sentía con la concepción socialista con la que ideológicamente me identificaba. La verdad es que no era tarea fácil porque existía un divorcio entre ambos planteamientos, aunque para mí eran conceptos inseparables” (Idígoras, 2000, p. 132). El problema que refleja Idígoras y que generaba contradicción era que según el planteamiento marxista, los obreros debían tener como patria la clase obrera. Pero, al mismo tiempo, existía en ellos el amor a la otra patria, la vasca, y convivían ambos sentimientos y la necesidad de casarlos. Según Idígoras, la cohabitación podía darse “porque teníamos un enemigo común que combatir, que era la dictadura franquista y coincidíamos en la defensa de los intereses de la clase obrera. A partir de ahí cada palo aguantaba su vela” (Idígoras, 2000, pp. 132-133).

Idígoras participó en movimientos obreros desde muy joven, un aspecto que creaba lazos entre ambas ideologías: manifestaciones, salir a la calle y protestar contra el Régimen. Los independentistas lo empezaron a hacer también a través de las Comisiones Obreras. Lo importante era rebelarse contra la opresión y represión franquista y, nunca mejor dicho, la unión hace la fuerza. Y así uno y otro se unieron a quien podía darles fuerza teniendo en cuenta la situación de vulnerabilidad en la que se encontraban. También se aliaron otros que, como ellos, buscaban la lucha contra la situación que se vivía en el país. Así, por una u otra ideología, todos llegaban a la misma conclusión sobre la situación de falta de libertad. Idígoras fue militante obrero y dejó escrito lo que había significado para él: “El movimiento obrero fue para mí, y para muchos como yo, el campo de trabajo más cercano y más asequible, que respondía además a nuestras inquietudes de lucha contra la explotación y a nuestra concepción de una sociedad socialista (...)” (Idígoras, 2000, p. 157).

Por otro lado, la historia de Onaindía también refleja que el marxismo y el nacionalismo no tenían por qué ser fenómenos divorciados. Él se vio conquistado por el comunismo en su época previa a entrar en ETA y de su primer contacto con este mundo afirmaba:

Me emocioné, lo reconozco. También la clase obrera era capaz de generar las emociones no solo más nobles, sino también tan profundas; sentía que aquel lugar [se refiere a Gallarta, cuna del movimiento obrero vizcaíno] debía ser considerado tan sagrado como una catedral porque había sido santificado por el esfuerzo humano, no solo ante la naturaleza, sino también ante la opresión. Era tan sagrado como el árbol de Gernika, y añoré que no hubiera habido un tío segundo que, cuando era niño, me hubiera explicado la historia de aquella parte de Euskadi (Onaindía, 2001, p. 221).

Tiempo después rompió con el comunismo porque, según él mismo explicaba, en realidad no lo comprendía del todo. Además, Onaindía dejó de creer en la posibilidad de una dictadura del proletariado, lo que aumentó su desconfianza y posterior abandono.

A Juaristi le ocurrió al contrario, pues intentaron convencerle de la ideología marxista pero nunca tuvo clara la conexión que existía con el nacionalismo:

[Conversación con su primo Alex, que fue quien le introdujo en ETA]

Pero estás hablando de castristas, de comunistas –le dije–: ¿Qué tiene que ver eso con el nacionalismo?

Que despistado te veo –replicó. Y sentenció a continuación–: En Euskadi, no puede haber liberación nacional sin revolución social y, en España, la revolución fracasará si no se produce la liberación nacional de Euskadi. Bueno, y de Cataluña” (Juaristi, 2006, pp.132-133).

Lo que para su primo Alex resultaba tan sencillo de explicar, Juaristi no fue capaz, o no quiso, acatar. Mientras unos querían llevar a cabo la liberación nacional mediante la revolución social, tal y como había ocurrido ya en China, Cuba o Camboya, otros como Juaristi querían emplear únicamente las vías nacionalistas.

2.5 La visión del terrorismo

Teniendo en cuenta su trayectoria vital y las circunstancias que les rodearon, cada uno de los protagonistas tuvo un encuentro distinto con el terrorismo. Por este motivo, también la visión sobre los acontecimientos clave de ETA son diversas, así como la manera de enfocar y de entender a las víctimas y a los verdugos, incluso de invertir las posiciones de estos. Esto último lo refleja Juaristi con su relato sobre el asesinato de José Pardines:

Cuando Javier Echevarrieta Ortiz mató al guardia José Pardines y fue muerto al cabo de unas horas por los compañeros de este, la reacción de las clases medias nacionalistas –es decir, la tácita aprobación del asesinato de Pardines y la condena sin paliativos de la muerte de Txabi (los términos asesinato y muerte se invierten, claro está, en el discurso nacionalista)– se justificó mediante la referencia al caso Batarrita⁷. Si Echevarrieta había disparado sobre Pardines, fue para evitar ser asesinado, como Batarrita, en unas circunstancias casi idénticas. Lo que no se sabía (porque todavía el compañero de Echevarrieta no había contado su versión) es que Echevarrieta disparó a Pardines por la espalda, cuando el guardia se inclinó a comprobar la matrícula del coche en que viajaban los jóvenes etarras (Juaristi, 2006, p. 99).

El relato que mejor explica cuáles eran las distintas visiones sobre el terrorismo es el de Jon Idígoras en referencia al asesinato –en su versión dice ejecución, lo cual ya es revelador en sí mismo– de Melitón Manzanos:

El 2 de agosto [del año 1968], en la misma puerta de su casa de Irún, fue ejecutado uno de los torturadores más sádicos y odiados: el inspector Melitón Manzanos. Este acontecimiento cambió definitivamente el curso de la situación y alteró también la evolución de ETA. La noticia de la ejecución fue acogida con alegría por parte del sector más concienciado, y por tanto más castigado, del pueblo, que vio cómo la muerte de los militantes de ETA no quedaba impune y que los torturadores, desde entonces, no podrían descansar tranquilos. Sin embargo, algunos sectores cercanos al PNV esgrimieron el carácter pacífico del pueblo vasco, fundamentalmente para esconder en el fondo su temor a las consecuencias que indirectamente les pudiera acarrear. También, y como ocurrió con el atentado contra Carrero Blanco, la izquierda española condenó la ejecución del torturador. Para la derecha vasca, la oración y la paciencia podían ser las armas para hacer caer la dictadura, mientras el pueblo vasco estaba siendo masacrado. Y la izquierda española, que soñaba con la transición política al socialismo, no podía concebir el empleo de la fuerza contra la dictadura (Idígoras, 2000, p. 172).

Después de su declaración incluye el texto que la misma organización terrorista difundió, dando clara prueba de que su visión es la misma que tenía ETA, pues para ellos “como tantos otros peones del capitalismo español, Melitón Manzanos estaba condenado a muerte desde hace mucho tiempo” (Idígoras, 2000, p. 172).

⁷ Javier Batarrita fue un empresario bilbaíno al que un Guardia Civil confundió con Julen Madariaga, perseguido por la policía. Creyendo que iba a sacar un arma resultó muerto y su compañero paralítico. Para ETA es la primera víctima y símbolo del sentimiento antivasco de la Guardia Civil.

El debate ya se ha mencionado con anterioridad y es el de dónde situar el límite para que un grupo asuma el derecho a “ejecutar”, empleando terminología terrorista, o en qué punto se considera que la opresión es tal que se pueden tomar las armas. Cuál es la diferencia entre la represión que justificaba durante el franquismo y la de la democracia. O más bien si la violencia puede ser justificada realmente en algún supuesto, aunque sea el de la opresión⁸. Incluso dentro de ETA no estaba claro que emplear la violencia fuera la mejor opción, aunque fuera para conseguir la independencia. Así lo recuerda Onaindía poniéndolo en boca de Txiki:

Decía que llevar a cabo un atentado significaba nuestra muerte como organización porque convertiríamos la lucha en un enfrentamiento no entre el pueblo (más o menos dirigido por la organización) contra el Estado, sino entre la policía y nosotros. Maxi opinaba igual, desde el día en que fuimos a recoger las piedras después del asesinato. La idea de esperar para dejar que se celebrasen funerales en todos los pueblos para que las masas fueran reprimidas al salir de la iglesia y, por tanto, estuvieran más receptivas para nuestra respuesta era un intento hamletiano de demorar el atentado sin asumir todas las consecuencias... En el fondo se trataba de casar dos actitudes contradictorias ante la situación que se había creado tras la muerte de Txabi⁹: llevando una acción queríamos demostrarle que su lucha seguiría siendo la nuestra y seguiríamos su ejemplo hasta la inmolación; es lo que nos dictaba el corazón. Pero por otro lado queríamos hacer lo más positivo para el avance de las ideas de la organización y la lucha popular, que no pasaba exactamente por cometer un atentado que nos desarticulara (Onaindía, 2001, p. 336).

Volviendo a Idígoras, tal y como lo relata, resulta muy llamativo que décadas después afirmara que “los torturadores, desde entonces, no podrían descansar tranquilos”, teniendo en cuenta el panorama de más de 900 víctimas que ha dejado, precisamente ETA, desde entonces¹⁰.

Arzalluz, que sí justificaba las armas durante el franquismo, afirmó también que precisamente esta “ejecución” fue uno de los dos acontecimientos que marcaron su entrada en el PNV: “La invasión de Checoslovaquia por las tropas del Pacto de Varsovia y el asesinato de Melitón Manzananas. Cuando me llegó la noticia, me dije: ‘¡Ay, Dios! Estos han empezado matando’. No creía que por ahí fueran a ningún lado” (Arzalluz, 2005, p. 58).

8 Para un estudio más exhaustivo sobre el tema es interesante la obra coordinada por Mercedes Vázquez de Prada: *Terrorismo y magnicidio en la historia*, Pamplona, Eunsu, 2008, sobre el derecho a la rebelión y el tiranicidio.

9 Se refiere a Txabi Etxebarrieta o Javier Echevarrieta.

10 Rogelio Alonso: *Vidas rotas: historia de los hombres, mujeres y niños víctimas de ETA*, Madrid, Espasa Calpe, 2010.

También en este caso está presente la historia de Onaindía, pues fue por el asesinato de Melitón Manzanas por el que le condenaron a muerte y por el que pasó a la historia al ser uno de los integrantes del Proceso de Burgos. Aunque su discurso se parece a lo defendido por Idígoras, sus memorias llaman la atención porque siendo protagonista, habiendo vivido el momento, también es menos pasional. Si echa la vista atrás, para Onaindía la ejecución de Manzanas era necesaria. Había que llevarlo a cabo, y no porque se tratara de una venganza en el sentido típico de la palabra, sino por una necesidad vital, aunque eso significara la propia muerte. Según la versión de Onaindía, no eran jacobinos que sentenciaban a muerte sino idealistas, víctimas de un sistema ante el que debían reaccionar si querían cambiar la situación. Hombres incomprendidos que debían actuar, rebelarse...y en definitiva matar. Había que hacerlo y estaban asustados, pero era necesario para conseguir el ideal que se habían propuesto y que llevaban por bandera:

No hacía falta votar si se cometía o no un atentado porque nadie cuestionaba en el fondo que había que hacerlo tarde o temprano. Tampoco era preciso discutir cuál en concreto porque ya estaban preparados desde antes de la muerte de Txabi Etxebarrieta. Era una especie de Fuenteovejuna: lo hacíamos ente todos y todos sabíamos que aquello representaría nuestra propia muerte. Es más, nuestra inmolación era la única manera de justificar que lo apoyáramos. Eso explica que a partir de ese momento ningún liberado pasara la muga y que tampoco ningún liberado confesara a la policía quién disparó contra Melitón Manzanas, porque cada uno de nosotros nos sentíamos tan responsables como el autor de los disparos (Onaindía, 2001, p. 336).

Otro hecho, sucedido ya durante la democracia, que arroja luz sobre las distintas visiones sobre el terrorismo es el caso de la Central Nuclear de Lemóniz. Un proyecto hacia el que ETA siempre se mostró en contra. Arzalluz relata este episodio de la historia y la postura del PNV a favor de la central nuclear así:

No queríamos ser dependientes. Sabíamos lo que supone la energía para el bienestar y el desarrollo de un pueblo, y veíamos que aquí no se producía ni un mal kilovatio. O casi. Algo irrisorio: apenas lo que salía de la central de carbón de Santurce. Aunque hoy parezca ingenuo, discurríamos así. Pensábamos que con una central nuclear empezáramos a controlar la situación y que, en caso de crisis, podríamos arreglárnoslas por nosotros mismos (Arzalluz, 2005, p. 113).

Lo más llamativo de esta descripción, es que en su repaso de este acontecimiento no nombrara que ETA secuestró y asesinó en 1981 al ingeniero José María Ryan Estrada y en 1982 al también ingeniero de la planta, Ángel Pascual. Por el contrario, casi parece recordar el tema como una manera de disculpar su ingenuidad de entonces y la postura actual del PNV en cuanto a ecología y energía nuclear, contraria a la de

entonces. Teniendo en cuenta que hubo amenazas, secuestro, extorsión y asesinato por parte de ETA es muy llamativo que no hiciera referencia, como si no hubiera tenido importancia. En la misma línea se sitúa Idígoras en cuanto a la descripción de lo sucedido en la central nuclear:

La lucha y la movilización popular contra la central nuclear de *Lemoiz*¹¹ fue para nosotros otro campo de batalla abierto contra el Gobierno español, contra Iberduero y contra el PNV y el Gobierno vascongado, que tenían un especial interés en nuclearizar Euskal Herria en contra de la inmensa mayoría de la opinión pública. Al final, gracias a la movilización popular, al consabido sabotaje de los propios trabajadores de la central nuclear y también a la intervención de ETA, que reventó uno de los reactores mediante una potente carga explosiva, se ganó una importante y sin precedentes batalla al Gobierno y al sistema capitalista. El cierre de la central nuclear de *Lemoiz* costó la vida a varios trabajadores, a varios militantes de ETA y también al ingeniero jefe José María Ryan, secuestrado y muerto por la organización armada. Una vez más, desgraciadamente, el desprecio a la voluntad popular del pueblo vasco y la actitud intransigente y autoritaria de Madrid se habían cobrado un tributo de sangre que podía haberse evitado. Pero la central de *Lemoiz* está cerrada y lo estará *in secuela seculorum* (Idígoras, 2000, p. 344).

Idígoras es elocuente: ni nombra a Pascual, ni justifica la entrada de ETA, más bien casi da las gracias por ella, y si alguien tiene la culpa de las muertes es el Estado español, de nuevo opresor, por imponer una central nuclear que se supone que no se quería. Aunque en el gobierno estuviera el PNV, que sí apoyaba la central, y hubieran sido votados, precisamente, por los ciudadanos.

Entre el PNV y HB, aunque no eran tan distintos, había también diferencias fundamentales sobre el modo de proceder y sobre las ideas defendidas. Quizá fuera también por una visión política y estratégica del partido de Arana y una más pasional por la de Idígoras. Además, sin olvidar unos participaban de manera legar y a los otros les apoyaba ETA. Lo llamativo es que el PNV siempre intentara buscar la reconciliación con estos, el punto de encuentro, los tratados, los pactos con ETA y la presencia de HB en el panorama político. Arzalluz, de todas formas, dejó claro que era contrario al terrorismo: “Yo dejé siempre muy claro que era contrario a la lucha armada y que la consideraba contraproducente” (Arzalluz, 2005, p. 375), por lo que demuestra cómo no había un rechazo tan contundente como podía darse en otros partidos. De hecho, no apoyó su ilegalización porque como é mismo explicaba, “considerábamos –y seguimos considerando– que representan a una parte del pueblo vasco que no puede ser silenciada de un plumazo, pero

no hubo manera” (Arzalluz, 2005, p. 534). No existía discusión sobre la violencia de ETA pero sí sobre la vinculación de esta con HB. Un afán un poco incomprensible por preservar la inocencia, que ni aquellos buscaban, de HB.

De todas formas, aunque mantuvieran una postura ambigua en ocasiones con la banda terrorista, estos sí que tenían clara su opinión con respecto al partido nacionalista y así lo deja reflejado también Arzalluz:

A nosotros los de ETA no nos soportaban. Con algunas excepciones, quizá. Si había alguna negociación, no querían ni vernos. Cuando las conversaciones de Argel, os rechazaron tajantemente. Su idea era que nos presentáramos a sacar tajada. No era verdad. A nosotros lo único que nos interesaba –y nos interesa– es que estos señores nos dejen la fiesta en paz. Y que cada cual demuestre sus atributos a la hora del recuento de votos, que es la única arma que debería haber hoy (Arzalluz, 2005, p. 167).

Al fin y al cabo son como la imagen del padre que no quiere, bajo ningún concepto, ya sea por amor o porque está ligado a él de manera trágica, perder a su hijo. Pero este solo busca la independencia, la rebelión, desvincularse, dejar de ser “hijo de” para ser él mismo.

2.6 Lenguaje y estilo

Por último, algo que resulta evidente es que el estilo y las formas, el uso del lenguaje, la selección de vocabulario, marcan el discurso que siguen estas memorias. Lo que más se debe destacar es el hecho de que Juaristi sea académico, porque se aprecia no solo una vivencia personal sino muchas veces un análisis y raciocinio exhaustivo. Aporta al relato verosimilitud –sobre su veracidad es más complicado juzgar– pero le resta autenticidad, pues cualquier hombre no solo está dominado por la razón –como parece reflejar Juaristi– sino también por la pasión y su vida es una ecuación de ambas realidades.

Por otro lado, también es el que más cuida el lenguaje y con más acierto lo emplea. Sus ambigüedades no vienen por el estilo sino por lo el relato mismo y la profundidad con la que lo hace. A veces pasa con superficialidad, sin llegar al fondo de las cuestiones o de las razones que le llevaron a una u otra situación, y eso resta realismo, porque es complicado que alguien se mueva siempre por la inercia y nunca sea capaz de explicar. Probablemente también influye su formación académica y mediática, y se desprende de sus escritos que mide las palabras que emplea para que no sean utilizadas en su contra, para ser lo menos criticado posible.

Por último, resulta muy llamativo en Juaristi que aunque domine el euskera se empeñe en emplear la “q” en vez de la “k” o “ch” en vez de “tx” para los términos vascos.

En Onaindía e Idígoras el relato está marcado por las circunstancias en las que escriben sus memorias. El primero en la fase terminal de un cáncer y el segundo desde la cárcel. Por tanto, ocurre precisamente lo contrario que en Juaristi, a veces demasiada pasión y poco razonamiento, en el sentido de explicar las causas o circunstancias en que se dan los hechos. Pero por eso mismo resulta más auténtico, más coherente con su visión de la vida.

Onaindía parece buscar una reconciliación sincera con el mundo, una excusa para contar su versión de la historia. Aunque no puede decirse que sea un arrepentimiento, sí hay algo de melancólico y de reflexión en su memoria. Por eso mismo no son solo una serie de acontecimientos históricos, sino que es el más personal de los cuatro. Sus memorias abarcan menos periodo de la historia y sin embargo son las más largas. Es descriptivo y detallista, aunque a veces pueda notarse que falta algo, como si hubiera lagunas de información obviadas de manera intencionada.

Por eso también, porque ni es académico ni es un libro político, sus memorias son lo más parecido a una novela. Lo cual crea cierto escepticismo sobre cómo resolvería los olvidos de la memoria. Por último, es el más sencillo y limpio en la redacción.

El relato de Idígoras es un alegato a favor de su propio pensamiento, a su forma de ver la vida, a su ideología. Como una confirmación de lo que cree y de los motivos por los que está en la cárcel. Un orgullo por lo hecho y lo vivido, sin sombra de arrepentimiento. Como si nunca, en su vida política o personal, hubiera cometido errores. No es una necesidad de escribir por contar una trayectoria sino más bien una exposición de un estilo de vida y de una ideología que defendía y de la que estaba orgulloso.

En su caso la selección de palabras es muy llamativa. Pero también es cierto que no es algo medido o meticuloso y por eso puede decirse que realmente es así como pensaba. Sin tener pretensiones de serlo, como se trata de un relato muy oral, parece que dijera todo lo que lleva dentro, sin reservas. Ahí también se nota su profesión política, como en Arzalluz, porque es un lenguaje propio de masas, de mitin, de defensa de ideales y de ataque a una oposición que en un congreso son adecuadas y convincentes pero en unas memorias resulta llamativo.

El estilo de las memorias de Xabier Arzalluz está marcado por la condición que tienen de ser una biografía oral, en la que además, solo quería tratar de política. Por tanto la lectura es temática cronológica, pero espesa y con una redacción débil. El hecho de que sea con intención política le sitúa en un panorama más escéptico para el lector que ve cómo pretende explicar su visión sobre el mundo y la vida más que su experiencia íntima y personal.

En definitiva, el uso del lenguaje y el estilo también marcan en gran medida el seguimiento de la narración, la fluidez e incluso la intencio-

nalidad. En este sentido es muy interesante que el historiador se fije porque es una fuente de revelación importante para conocer a los protagonistas, su forma de ser, el carácter, las maneras, motivaciones, en qué aspectos es más enfático y en cuáles menos, elementos que pasa por alto de manera intencionada o palabras que escoge por la connotación política o ideológica que tienen.

3. CONCLUSIONES

El estudio realizado abre el debate sobre la utilidad de las memorias para la investigación histórica. Aunque el objetivo no era una respuesta a dicho interrogante, tras el análisis parece confirmarse el interés que tiene profundizar en este tipo de documentos, puesto que aportan una visión única y definitiva al conjunto de la investigación.

La historia y la memoria se distinguen por una fina línea entre lo que pasó y lo que dicen sus protagonistas que pasó. Los acontecimientos no son un concepto abstracto, los viven personas concretas: la Historia se da en sus protagonistas. De esta manera, las memorias aportan una información valiosa porque ofrecen un panorama personal sobre acontecimientos de interés global. En este sentido, cualquier relato personal resulta interesante porque al fin y al cabo la historia es de sujetos y no de objetos.

Por este motivo, era esencial que el presente artículo no fuera el análisis de una sola memoria, sino que se realizara una comparación. Descubrir las diferencias y similitudes en el relato histórico a través de las vivencias personales de cada uno abre una perspectiva muy amplia, en la que el historiador juega un papel fundamental para discernir y eliminar lo accesorio de lo fundamental, la Historia de las historias. De lo que se trata es de obtener lo mejor de la memoria de cada uno y que eso sea útil para el conjunto del relato histórico.

Por otro lado, establecer visiones únicas acerca de un pasado tan controvertido y delicado como el vasco resulta muy complicado. Apenas han pasado sesenta años desde que nació ETA y todavía es reciente el fin de los atentados. Poco más de medio siglo que aún pesa en algunas conciencias, que en otras sigue silenciada y que muchas querrían revivir. Acercarse a los que lo vivieron a través de sus memorias es interesante y revelador pero quizá aún demasiado arriesgado. Porque los acontecimientos que se relatan laten todavía en la memoria de muchos que no han escrito sus vidas y, por supuesto, por todas las que no van a poder hacerlo porque forman parte del reguero de víctimas que dejó ETA. Los trabajos realizados hasta la fecha con la intención de revivirles –el más reciente y destacado *Relatos de plomo*, dirigido por

Javier Marrodán¹²— es una muestra de esa intención por contar todas las versiones de la historia y no solo la de los que tuvieron un protagonismo político o terrorista en la historia del País Vasco.

Teniendo en cuenta esta situación, parece necesaria una labor por parte de los historiadores por fomentar todas las voces, por no quedarse solo en las memorias publicadas y buscar los puntos de vista distintos, ocultos, silenciados o reveladores. Puede que se dé un conflicto de memorias y por eso es esencial la labor de los historiadores. Que no sea la disciplina servidora ni de la ideología ni de la política. Que se desentrañen los porqués y no sean ni el afán por reafirmarse en lo que se hizo ni el rencor los que escriban la Historia.

12 Javier Marrodán: *Relatos de plomo: historia del terrorismo en Navarra 1987-2011*, Pamplona, Gobierno de Navarra, Departamento de Cultura, Turismo y Relaciones Institucionales, 2014.

BIBLIOGRAFÍA | **Memorias:**

Arzalluz, Xabier: *Así fue*, Madrid, Foca, 2005.

Idígoras, Jon: *El hijo de Juanita Gerrickabeitia*, Tafalla, Txalaparta, 2000.

Juaristi, Jon: *Cambio de destino*, Barcelona, Seix Barral, 2006.

Onaindía, Mario: *El precio de la libertad*, Madrid, Espasa, 2001.

Libros y artículos:

Alonso, Rogelio: *Vidas rotas: historia de los hombres, mujeres y niños víctimas de ETA*, Madrid, Espasa Calpe, 2010.

Billig, Michel: *Nacionalismo banal*, Madrid, Capitán Swing, 2014 .

Elorza, Antonio: *La historia de ETA*, Madrid, Temas de Hoy, 2006, p. 109.

Marrodán, Javier: *Relatos de plomo: historia del terrorismo en Navarra 1987-2011*, Pamplona, Gobierno de Navarra, Departamento de Cultura, Turismo y Relaciones Institucionales, 2014.

Molina Aparicio, Fernando: *La tierra del martirio español: el País Vasco y España en el siglo del nacionalismo*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 2005.

Pablo, Santiago de: “La lingua basca durante la dittadura franchista: repressione, resistenza e identità nazionale”, *Storia Contemporanea in Friuli*, 38, 2007, págs. 123-144.

Pablo, Santiago de; Granja, José Luis de la y Rubio Pobes, Coro: *Breve historia de Euskadi: de los fueros a la autonomía*, Madrid, Debate, 2011.

Pablo, Santiago de; Mees Ludger y Rodríguez Ranz, José A.: *El péndulo patriótico: historia del Partido Nacionalista Vasco, 1895-2005*, Barcelona, Crítica, 2005.

Sáez de la Fuente Aldama, Izaskun: *El Movimiento de Liberación Nacional Vasco, una religión de sustitución*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 2002.

Torrealdai, Joan Mari: *El libro negro del euskera*, San Sebastián, Tartalo, 1998.

Vázquez de Prada, Mercedes: *Terrorismo y magnicidio en la historia*, Pamplona, Eunsa, 2008.